

Ensayo

El decálogo del cirujano del doctor Bonilla Naar

José M^a Rodríguez Tejerina

Entre los muchos y variopintos cirujanos célebres que he tratado a lo largo de mi existencia, recuerdo a uno bien singular, al que conocí hace ya varios años en Cartagena de Indias; el doctor Alfonso Bonilla Naar.

Cartagena de Indias

Iba yo de capitán médico a bordo del buque-escuela "Juan Sebastián de Elcano". Veníamos de barajar la costa de Bonaire, de haber estado fondeados en Punta Gaira, al sur de Santa Marta. Y, atracamos, al fin, en el muelle comercial de Cartagena de Indias. Era el día 30 de marzo de 1951.

A la izquierda del muelle se adivinaba una extensa playa, con palmeras y bohíos de negros. La ciudad, que recorrí enseguida, se levantaba enfrente, encastillada y cálida. Para adentrarme en su centro tuve que atravesar la puerta de San Román. Y la de la Torre del Reloj Público, construida el siglo XVI, que rompe el cerco amurallado del barrio de Getsemaní. A lo lejos, recordados en la penumbra del ocaso, se columbraban los doce cañones del baluarte de San Juan Bautista, y la silueta mayestática del templo en el que reposan los sagrados restos del apóstol de los negros; San Pedro Claver.

Llegué inesperadamente, a una plaza rodeada de soportales. Luces, rojas, verdes, anunciaban *Coca-Cola*, *Kits*, marcas de cigarrillos y de coches, Poco a poco se acallan los ruidos del tráfico rodado y Cartagena de Indias se va quedando dormida, igual que un pueblo grande de Andalucía.

Bajo los soportales, encaramados en altos taburetes, estudiantes de Medicina, en mangas de camisa leen, en voz alta, la Anatomía de *Testut*. Otros, estudian también, junto al viejo palacio de la Inquisición, en la quietud verde de la plaza de Bolívar. Andan todos ellos enredados en lánguidas discusiones acerca de las muchas ramas de la arteria maxilar inferior. Deduzco, equivocadamente, que, con certeza, al día siguiente habrá exámenes. Pero me aseguran que esta forma de estudiar es habitual entre los universitarios de Cartagena.

A mí se me vino a las mientes la imagen de Santiago de Compostela, aunque sin lluvias, sin druidas celtas y, por milagro de los dólares, con anuncios luminosos y automóviles americanos.

Un cirujano audaz

A la mañana siguiente vimos operar al doctor Bonilla-Naar en el Hospital de Santa Clara. Había llegado el cirujano a Cartagena de Indias procedente de Bogotá, en avión particular, junto con todo su numeroso equipo quirúrgico. Bonilla es profesor de la Universidad de Bogotá, de su Facultad de Medicina. Es joven, católico y quirurgo atrevido, ducho en el moderno arte de extirpar, por vía transtorácica, un esófago canceroso, además de su respectivo estómago y el bazo por añadidura.

Mas, paradójicamente, recomendaba realizar ciertos ritos indígenas. Solía introducir a sus operados, luego de la intervención, gruesos puros habanos en el recto, para estimular sus defensas. Y estaba convencido de que los santos curan, de repente, milagrosamente, muy graves dolencias. Bonilla-Naar era un ferviente católico.

El Hospital de Santa Clara ocupa un vetusto convento español, La serenidad del claustro vence, aún, todas las agresivas técnicas quirúrgicas modernas. Su silencio es sencillo, como alejado de los sinsabores de las enfermedades.

Después del nerviosismo de las operaciones, del calor sofocante del quirófano, las hondas galerías del cenobio nos acogieron en su sosiego arcaico.

Fue entonces cuando Bonilla-Naar nos leyó se Decálogo del cirujano.

- 1.- El silencio dignifica la intervención; y es gran ofrenda a quien entrega su vida al cirujano.
- 2.- Opere, no es función del tiempo, sino de la seguridad, fruto de la conciencia.
- 3.- Tanta inseguridad puede haber en una operación veloz como en una excesivamente lenta. Apresure sus actos cuando tenga fundamento para ello.
- 4.- El atrevimiento responsable y la prudencia oportuna amplían los linderos del éxito.
- 5.- Igual o menos valor se necesita para indicar una intervención urgente que para aplazarla.
- 6.- "La Cirugía está hoy a la altura del paciente; coloque al enfermo a la altura de la Cirugía", preparándolo y anestesiándolo bien.
- 7.- El tratamiento postoperatorio debe ser tan cuidadoso, que ojalá supere al acto y a los preparativos dispensados.
- 8.- Así como el internista nunca es cirujano, éste siempre debe ser internista. Existe además gran diferencia entre el cirujano que conoce su acto a través de la Ciencia y el "operador", simple realizador de la mecánica quirúrgica.
- 9.- La cirugía no empieza con la intervención y termina con la mejoría. Se pierde y confunde en la historia clínica y sólo es justipreciable cuando "habla" el histopatólogo y la interpreta la estadística.

- 10.- Asepsia, precisión, suavidad y destreza son los fundamentos del acto quirúrgico.

Dos libros

Por la tarde, en la quietud del Club de Pescadores, al lado de las murallas españolas, que todavía conservan los oxidados cañones vencedores de las piraterías enemigas, charlamos largamente el doctor Bonilla y yo. Bebimos abundante vino que yo había traído del barco, sin tomar alimento sólido alguno.

El profesor me habló de sus aventuras amorosas. Tenía un apartamento secreto en Bogotá en el que cultivaba amebas, para no perder el pulso, amén de recibir en él, los martes, a sus enamoradas. Hacía el amor con ellas con técnicas heterodoxas, importadas, según decía, por los rijosos conquistadores españoles.

Me regaló dos libros. Un texto suyo que trata de la cirugía de las hernias y de las enfermedades del esófago, y también otro del que es autor Eduardo Caballero Calderón, titulado, *Ancha es Castilla*. Y que comienza, aproximadamente, de esta manera:

"Al entrar en España, por la raya de Portugal, cuando venía de Colombia, me asaltó una emoción tan honda, que no pude por menos de concretarla en palabras. No tuve la impresión de llegar, sino de volver..."

Que fue lo mismo que me ocurrió a mí al entrar en Colombia, por la senda peregrina de Cartagena de Indias.